

15 céntimos el número

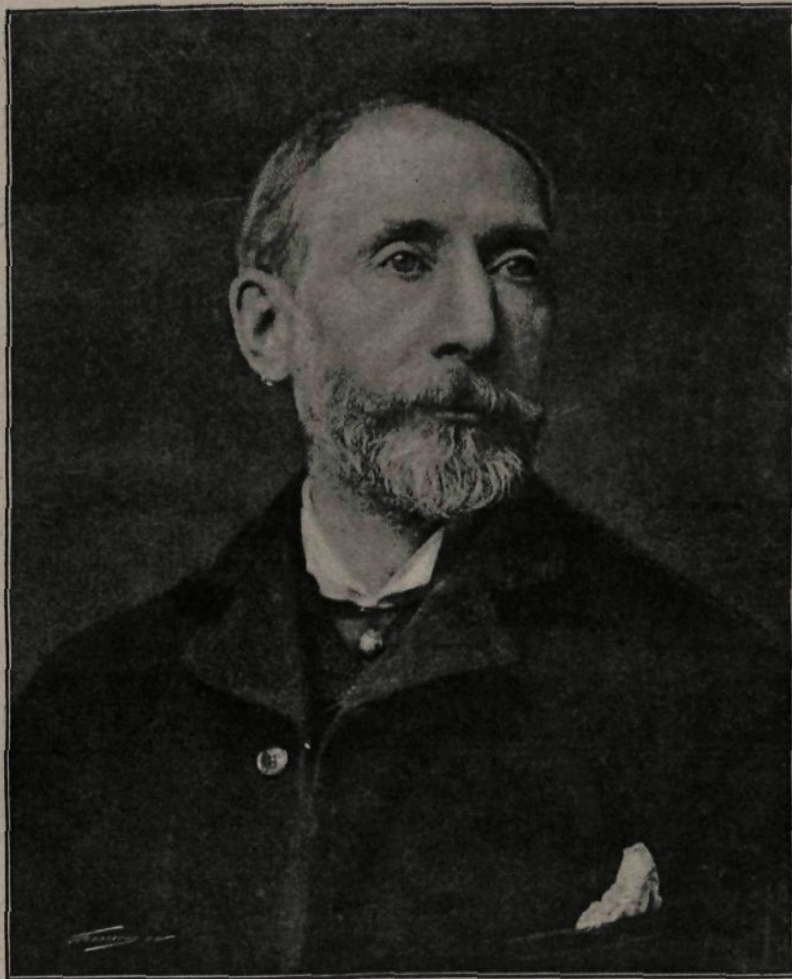


Año II.

Barcelona 29 Abril de 1893

Núm. 48

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.[^], EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



ENRIQUE MÉLIDA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — El vizconde de Assenede, por FÉLIX DE BREUX. — A una golondrina (poesía), por JOSÉ JOAQUÍN ORTÍZ. — Las grandes selvas californianas, por JOHN MUIR (continuación), de *The Century Magazine*, traducido por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — Enrique Mérida. — La comunión de las monjas, cuadro de ENRIQUE MÉLIDA. — LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS: Camino del río Merced á las cascadas Vernal. — Mapa del valle Yosemite. — ¡Por una mancha! por JOSÉ PANDO.



Crónica

SABEN nuestros lectores que de algunos años acá el comercio de objetos de arte y de antigüedades ha adquirido gran desarrollo, en parte por causa de las adquisiciones hechas para la formación de Museos, y en parte por el capricho de algunos millonarios ó por la afición de los arqueólogos y artistas. Uno de los especuladores en ejemplares viejos, que figuraba en París en primera fila, murió hace tres años, y la colección que formó, mientras iba comprando y vendiendo, va á venderse en pública subasta en aquella capital. Federico Spitzer, que tal es el nombre del gran chamarilero y coleccionista, empezó el negocio sin poseer una peseta. Su instinto artístico, su tino para descubrir los objetos arqueológicos de valía, le dieron pronto renombre, logrando en breve codearse con millonarios como los Rothschild, Ephrussi y otros de quienes fué el proveedor favorito. Mientras vendía á estos aficionados ejemplares de orfebrería ó de cerámica, con los cuales realizaba ganancias fabulosas, guardaba para sí otros, ó porque no creyera que se los pagasen bastante, ó porque los juzgase oportunos para redondear una colección. La de Spitzer contiene piezas sumamente interesantes, pocas de primísimo orden, y que no puedan verse en los más celebrados Museos, muchas de ellas perfectamente conservadas é interesantes para la historia de las industrias suntuarias, aun cuando no sean cosas verdaderamente excepcionales. Lo más notable de la colección que va á venderse consiste en el número de objetos y en lo completo de cada serie, de modo que bien puede decirse que por sí sola forma un magnífico y rico museo artístico-industrial. En la subasta, que debió empezar el 17 de Abril y que concluirá á mediados de Junio, se venderán cerca de cuatro mil objetos, y no entrarán todavía las armas que había reunido Spitzer y que constituyen acaso una de las secciones más importantes y mejor redondeadas de su colección. En ella España figura de un modo brillante, conforme es de suponer, puesto que pocas naciones tienen un pasado artístico más envidiable que el nuestro. Limitándonos sólo á una sección, la de los bordados, causa pasmo el número de capas pluviales, de dalmáticas, de casullas, de frontales y paños de atril que adquirió Spitzer, sacándolos de nuestro país, en donde halló abundante cosecha para su colección. ¡Es

doloroso que no podamos rescatar nada de esto para nuestros raquíuticos Museos! ¡Es sensible que por la penuria de nuestro tesoro no figure España entre los compradores de todas las naciones que con carácter oficial acudirán á la subasta Spitzer! Muy bien decía un escritor francés hace pocos días, que hoy la guerra entre las naciones no se hace sólo con cañones y fusiles; se hace también quitándoles sus joyas de arte y de las industrias suntuarias para estudiarlas luego, sacarles el jugo y aprovecharlo en los productos nuevos, con los cuales se anonada la industria del pueblo que abandonó al extranjero aquellos ejemplares tan fecundos en enseñanzas. Todos los países así lo han comprendido, singularmente Inglaterra, Alemania y Austria, menos nosotros, que seguimos en la indiferencia de que se ha visto palpable muestra con motivo de la *Exposición histórico-europea é histórico-americana* recientemente celebrada en Madrid.

* * *

Y ya que de *Exposición* hablamos, la de Chicago ha corrido algunos temporales en los últimos días. Tuvo primero una huelga de operarios, cosa nada extraña, pues era de esperar que los oficios aprovecharían la coyuntura para lograr beneficios en el precio y en las condiciones de los jornales. Como el tiempo apremia, y como los contratistas tienen interés en que las obras no se interrumpan, todo pudo componerse y la huelga cesó, probablemente con condiciones nada favorables para el capital. A los pocos días desencadenóse en aquella comarca un ciclón que causó graves daños, los cuales serán pronto reparados, ya que es bien sabido que los norteamericanos se crecen con las dificultades y ahora tienen empeño en que Europa quede asombrada ante la grandiosidad y la riqueza de la *Feria del mundo*, como han bautizado pomposamente á la *Exposición Universal de Chicago*.

* * *

En Francia ha sido indultado M. Turpin, el inventor de la *melinita*, á quien se condenó, como recordarán nuestros lectores, por haber divulgado secretos militares al extranjero. Con este motivo se habla de las revelaciones que va á hacer, pues algunos le muestran dispuesto á no callarse. Hace algún tiempo se le prometió por un ministro que se le indultaría á cambio de ciertas condiciones de discreción que M. Turpin no quiso admitir, pidiendo que se le rehabilitase, y que se le reintegrase en los cuadros de la Legión de Honor. Se han echado á volar ahora los nombres de M. Freycinet y del general Ladvoeat, suponiéndose sean los que han desempeñado un papel nada limpio en el asunto de la *melinita*. ¿Será esto origen de un nuevo escándalo? El tiempo lo dirá, pero de momento procura ya ocasión á varios periódicos para insinuaciones difamatorias de las cuales no salen bien parados los nombres de personajes que figuraron en los últimos ministerios franceses.

* * *

Bélgica pasa por una crisis terrible, que previmos ya hace tiempo, cuando sólo empezaba á hablarse de la *revisión constitucional*. La *ley electoral* ha sido el pretexto ó el motivo para que libren batalla los distintos bandos políticos que de largo tiempo luchan en aquel floreciente Estado, uno de los más adelantados de Europa, en el concepto material. Varias proposiciones se presentaron para fijarlas condiciones y la capacidad de los electores. La del ministerio que preside el ilustre M. Beernaert, estadista

de peregrino talento y de firmísimo carácter, concedía el sufragio á todos cuantos pagasen una reducida contribución, pero fué desechada. Los socialistas y anarquistas, acogiendo al refrán á río revuelto ganancia de pescadores, amparados por los partidos radicales y por los republicanos, no han desaprovechado la ocasión de producir disturbios, con el objeto de ver si en algún momento pueden encontrar desapercibido ó débil al Gobierno y lograr su caída, y acaso tras de ella consecuencias más trascendentales. De momento se procuró que los trabajadores se declararan en huelga en las comarcas mineras y manufactureras; en Bruselas se repitieron á cada instante las manifestaciones en que salió la bandera roja y se profirieron gritos más ó menos abiertamente subversivos. El de «¡viva el sufragio universal!» se oyó de continuo en boca de los alborotadores. Se atacaron tiendas y algunas fueron saqueadas; se recibió á pedradas á la policía y á la guardia cívica, causándoles heridos, algunos de no poca gravedad; en uno de los días fueron cortadas cañerías de gas, pegando fuego al fluido que por ellas se escapaba; en otro se roció con petróleo á los guardias que procuraban mantener el orden, y así por el estilo ocurrieron otros desórdenes que prueban la excitación de las clases populares en la capital del Reino. El burgomaestre M. Buls fué herido de un palo en la nuca. Cuando más enmarañado parecía todo, la Cámara aprobó el llamado voto plural, ó sea el que los electores tengan uno ó más votos, según su representación social, que es casi el sufragio universal, y la tranquilidad pareció quedar restablecida en aquel país.

* * *

El rey Alejandro de Servia ha dado un golpe de Estado. Contando sólo la juvenil edad de diez y seis años se ha proclamado mayor de edad, deteniendo á los regentes Ristich y Markovich, que gobernaban en oposición con la mayoría de la Cámara. Fué en seguida á los cuarteles y recorrió la ciudad, siendo objeto en todas partes de entusiastas ovaciones en la capital de sus Estados. Una vez llevado á buen fin su intento dejó en libertad á los regentes y constituyó ministerio, sacado casi todo de la mayoría de la Cámara.

* * *

Se ha hablado de un desembarco de los japoneses en las islas Palaos, del grupo de las Carolinas, diciéndose luego que sólo se trataba de haber arribado allí unos buques mercantes de la expresada nación. La verdad del caso no lo sabemos todavía con certeza, si bien es de creer que no revestirá la gravedad que se supuso en los primeros momentos. Tampoco dará origen á ningún conflicto internacional la reyerta en los Pirineos entre carabineros españoles y contrabandistas franceses, de la que resultó muerto uno de éstos. Por ambos lados se hacen averiguaciones para depurar los hechos, los cuales, si descubren alguna extralimitación y culpa por parte de los carabineros, no dejarán de dar á conocer asimismo una vez más la osadía de los que se dedican al contrabando, aprovechando lo fragoso del terreno en los Pirineos y lo poco frecuentado de algunas de sus sendas. Este asunto, repetimos, no dará muchos quebraderos de cabeza á los gobiernos de aquende y allende la frontera pirenaica.

B.

El vizconde de Assenede



Así como se ha definido el capital, diciendo que es trabajo acumulado, así mismo puede decirse que la verdadera nobleza consiste en el honor tradicionalmente conservado, y en servicios públicos oficialmente reconocidos y voluntariamente continuados. El capital debe servir para alimentar el trabajo y patrocinar á los trabajadores; los títulos nobiliarios no tienen valor actual sino á condición de que los titulares se muestren dignos de sus antepasados. En las sociedades modernas los ricos ociosos sólo pueden hacerse perdonar su fortuna por la elevación de su conducta personal, por ejemplos permanentes de civismo y virtudes privadas, y por su cooperación á los grandes patronatos sociales.

En estos últimos años nuestras costumbres públicas han mejorado tanto por un lado como han decaído por otro. El culto exclusivo del oro es causa de nuestra degeneración moral y social; porque enseña á despreciar el desinterés, la ley divina del trabajo y el espíritu de sacrificio; corrompe las alianzas, fundamento de las familias, por el feroz y egoísta afán de encontrar una buena dote, é impulsa á conquistar la fortuna por toda clase de medios. Y cuando el único fin y objeto de los que poseen mucho oro es el goce material, entonces la fortuna se envilece y no hay exceso que no pueda esperarse.

La ociosidad de los ricos es una de las formas de tal envilecimiento, y aunque no se manifieste siempre en una forma censurable ó abyecta, es en todo caso, como dice un antiguo proverbio, la madre de todos los vicios.

Aparece en nuestras sociedades contemporáneas con cierta elegancia, con cierta distinción, hasta con cierto ingenio á veces. Basta ver la vida que llevan muchos jóvenes de esos que se llaman *comme il faut*. En invierno, de Navidad á Pascua, pasean por la ciudad, á caballo por la mañana y en coche por la tarde; almuerzan bien, comen mejor, pudiendo á duras penas atender á tantísimas invitaciones, resultado de una especie de colectivismo elegante, según el cual es cosa admitida que cada comida de diez invitados lleve consigo media docena de nuevas invitaciones mutuas. Después de comer vanse al saloncito de fumar, que es el mayor enemigo de toda sociedad con señoras y el único elemento civilizador de aquellos caballeros. De allí al casino, á los bailes y á las recepciones. Tales son las principales si no las únicas ocupaciones de los desocupados relativamente buenos y juiciosos; los que lo son menos van del casino al tapete verde ó á otras partes, y no se retiran hasta el amanecer.

Aguardan la *saison* de Cuaresma ó la Pascua para ir á pasar una ó dos semanas en la moderna Babilonia, en París, y después se resignan á ir al campo, porque es de mal tono el no gustar de aquel rincón donde habitan los ancianos padres y donde radican los principales intereses de la familia.

Tal método de vida no es el más á propósito para la salud física y la moral. El corazón y el estómago son atacados, el cerebro se entorpece disponiéndose á congestiones, y se fomenta la gota. Así es que apenas llega-

dos á sus lares, vense *obligados* á ir á tomar aguas; y hasta los más sanos van á Spa, ó á una playa cualquiera, hasta la inauguración anual de la caza: entonces llueven invitaciones cinegéticas, coronadas por succulentas comidas: finalmente, en Noviembre empiezan las batidas y las reuniones de otoño, que duran hasta Navidad y permiten transportar al campo las peores costumbres de la capital.

Esta es la existencia material, descolorida, sin letras, sin ciencias, sin arte, sin luchas, ni ideal, ni trabajo útil de la mayoría de los ociosos acomodados. Después acaban por hacer lo que se suele llamar un buen casamiento, es decir, un casamiento por interés, y este fin es el comienzo de una vida más material aún que la anterior.

El tronera y el jugador no observan tanta regularidad en sus ocios: tomando por pretexto su salud van á las playas á empeorarla. Levántanse á las diez, toman un baño tónico ó, mejor dicho, elegante, almuerzan copiosamente, van después á aburrirse en el *lawn-tennis*, galantean en la playa, comen espléndida y alegremente en bulliciosa compañía, van al concierto á no oír, al baile á no bailar, frecuentan el tapete verde ó invierten en la cena toda la noche; en el mes de Agosto se acuestan cuando ya es día, y á todo esto llaman divertirse.

* * *

Pablo Beercele, vizconde de Assenede, descendía, por línea femenina, del jefe de una compañía de arqueros que se había inmortalizado en la batalla de las Espuelas de Oro. Su padre, en quien había ido á parar aquel ilustre nombre, poseía un castillejo en las orillas del Dendre. Su madre era hija de un opulento comerciante en telas de Courtrai. Su abuelo, miembro del Consejo de Flandes, había recibido de María Teresa el título de vizconde de Assenede.

Pablo Beercele había sacado escaso provecho de las lecciones de sus maestros del colegio de Nuestra Señora de la Paz, en Namur, donde se educó. El colegio fué para él una prisión donde hablaba de perros y de caballos con sus *co-detenedos*. Su padre pensó hacer de él un diplomático (¡vaya una idea!) y lo mandó á Lovaina, donde el mozalvete aprendió á jugar al *baccara* y á tirar el dinero. El trabajo le repugnaba y sólo pensaba en aparecer muy *chic*, y en vestir con elegancia exagerada: era, en fin, una verdadera carga para sus padres. Y este muchacho ocioso, que debía su nombre á un soldado intrépido, su título á un magistrado de inteligencia y su fortuna á un comerciante laborioso, no se ocupaba más que de caballos, de *cocottes* y del juego. Incapaz de imitar á ninguno de aquellos tres antepasados suyos, la idea de entrar en la milicia ó en la Iglesia le parecía ridícula, porque el espíritu de sacrificio le faltaba por completo. Su pasión por los caballos no era la noble y viril distracción que hasta el hombre más ocupado se permite, no; era una especie de baja profesión que le hacía complacerse en el estéril de las cuadras. Compraba sus carruajes en Inglaterra y sus caballos en Alemania: en el *boulevard* ó en los paseos no se le veía sino á caballo ó cerca de caballos: de manera que en las carreras y concursos hípicas figuraba como gran conocedor. Por eso un hermano de su madre, magistrado de la Audiencia de Gante, decía de él irónicamente:—Al menos sabe algo, sabe *hipología*. —El público y los que le trataban personalmente no encontraban en él otros méritos que los de sus carruajes y de sus caballos.

Era un gran jugador y jugaba fuerte: tan pronto perdía considerables sumas como ganaba centenares de

miles de francos; y, á los treinta años no vivía en realidad más que de recursos momentáneos ó del crédito que su pasado esplendor le procurara.

Tales situaciones pueden ir tirando por mucho tiempo, pero acaban fatalmente en una catástrofe.

* * *

Tres meses hacía que Pablo Beercele estaba luchando con una mala suerte aterradora. Una mañana al dejar el tapete verde se encontró sin un céntimo y debiendo 250,000 francos bajo palabra. No se decidió á acostarse y, presa de febril agitación, pasó el día vagando por la playa, por los muelles ó por la población. Como todo jugador acosado á quien queda un vestigio de honor en el alma, pensó en el suicidio, al contrario de los viles que en semejantes circunstancias escapan ó se resuelven á vivir trampa adelante.

Pablo Beercele había recibido de su madre cristiana educación, y el recuerdo de ella y el de los felices días de su infancia aparecía de cuando en cuando á su memoria, breve, sin embargo, como un relámpago.

Para que un hombre pueda tomar grandes resoluciones debe hallarse armado no sólo con la ciencia del bien sino además y principalmente con su práctica. El castigo del hombre vicioso consiste en que sólo tiene fuerza para el mal y, por consiguiente, en las grandes circunstancias de la vida no encuentra otro refugio que la desesperación, y su último acto de virilidad viene á ser una cobardía: el suicidio es un acto de valor en aquellos que no lo tienen para otra cosa.

A las seis y media de la tarde Beercele se encontraba al extremo de una estacada, junto al mar, sitio completamente desierto á tal hora, y vacilaba en tomar una resolución.

El día había sido templado, como suelen serlo en aquella costa los principios de otoño: el mar estaba en calma y el sol se había sepultado en las aguas. Una grande y accidentada faja negra limitaba el horizonte semejante á gigantesca cordillera, cuyas cimas hacia el Noroeste estaban orladas de oro, mientras del Poniente se desprendían aún rojizos resplandores: el firmamento estaba como manchado por nubecillas negras é inmóviles, que dejaban, sin embargo, grandes claros de azul: el mar parecía un lago de plomo derretido, cubierto de polvo y ligeramente plateado hacia Occidente: el crepúsculo descendía majestuosamente sobre las aguas. El lejano faro empezaba á brillar.

La imponente calma del paisaje y el frescor primero de la vecina noche habían apaciguado algo los agitados nervios de Pablo y habían aumentado las vacilaciones de su espíritu: á la desesperación había sucedido la reflexión.

El ronco aullido de un gran buque de vapor que se acercaba le sobresaltó sacándole de sus meditaciones.

Al volverse se encontró frente á frente con su acreedor, un inglés llamado Stretton, que le dijo:

—Iba buscando á usted desde esta mañana.

—¡Teme usted que no le pague!

—Vamos, no sea usted así. Yo, en el fondo, le quiero á usted mucho.

—Será por lo que se ama usted á sí propio.

—No. Sólo porque soy hombre de más carácter que usted.

—Bueno, acabemos, ¿qué quiere usted?

—Quiero salvarle.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde mientras dura la vida.

—Es que mi vida se ha acabado: estoy perdido; usted lo sabe, y hágame el favor de evitarme el tormento de su conmisericordia.

—Es usted un ingrato: yo puedo sacarle de apuros, y si es usted condescendiente...

—Vamos, ya veo, va á proponerme usted...

—Un casamiento.

—¡Un casamiento! ¿para qué?...

—Para devolver á usted cuadruplicada la fortuna que ha devorado. Véngase usted conmigo y le iré explicando...

¡Valor, hombre; sangre fría!

* * *

La noche había llegado. Las luces del dique y de las casas inmediatas al puerto daban á la playa un aspecto fantástico. Subía la pleamar, y las olas en cuatro ó cinco filas formando escalones iban á romper y á deshacerse con mugido regular y monótono como una respiración contra los pilares de la estacada. El vizconde, arrullado á la vez por la música de la naturaleza y por las fortalecedoras palabras de Stretton, dejábase llevar como ebrio.

Recordóle el inglés una excursión que habían hecho recientemente á Mariakerka en compañía de varias familias americanas. M. John Henry Schmalzhut, riquísimo comerciante de cerdos en Cincinatti, tenía una hija única, Edith, que estaba encantada de la vida elegante que se llevaba en aquella playa de Ostende. El fastuoso y refinado lujo de Beercele, sus maneras distinguidas, sus prodigalidades, habían impresionado profundamente á la chica. Stretton, que lo advirtió, dedicóse con los pocos escrúpulos propios de un jugador inglés, á asediarse al opulento yankee, y la misma mañana del desastre de Beercele, pensó:—Salvemos la caja,—y sin más cumplidos fué á pedir la mano de miss Edith para su deudor, sin siquiera prevenir á éste. Mister Schmalzhut había presentado alguna dificultad, pero todo cedió ante la decidida é inmediata afirmativa de su hija. Tal era la buena nueva que Stretton había ido á anunciar á Beercele.

El vizconde de Assenede se casó con la hija de mister Schmalzhut, pagó sus deudas, descargó sus fincas de hipotecas y gravámenes, realizó sus cuadradas, y se fué á pasar el invierno en Oriente, mientras el suegro volvía á sus cerdos y á sus salazones.

La lección había sido seria para el jugador empedernido, que supo aprovecharla y morigerarse hasta el punto de no gastar anualmente más que las doscientas mil libras de renta que su mujer había llevado en dote; y, lo mismo que su suegro, dióse á adorar al *Omnipotente Dollar*, que es el dios de los yankees.

Esto no le impedía el proclamarse católico y conservador, lo cual, al decir de sus adversarios, desacreditaba al catolicismo y al partido.

* * *

Ayer volví á verle. Apenas tiene cuarenta años y ya parece un viejo. Va ligeramente encorvado y se tiñe el bigote. Su paso no tiene la firmeza varonil que tan bien sienta á un hombre de edad avanzada: su lenguaje afectado, que diez años atrás podía pasar por de última moda, hoy resulta ridículo: está hecho un necio acabado y sin otra valía que la de los *dollars* de Edith Schmalzhut.

A los diez años de matrimonio es padre de tres niños escrofulosos, cuya sangre procurá purificar cada verano por medio del cloruro de sodio de las playas arenosas á donde los lleva.

El suegro murió después de haber doblado la fortuna

en prósperas operaciones de naturaleza algo... complicada.

La vizcondesa es modelo de elegancia y de lujo, así en la ciudad como en el campo y en la playa: su salón es muy frecuentado, pues da soirées exquisitas y suntuosas comidas; y aunque malas lenguas dicen que se deja cortejar, su marido está muy orgulloso de ella.

En cuanto á Stretton ha colocado en acciones de los ferrocarriles canadienses las diez mil libras esterlinas que pagó el suegro del vizconde, habiendo obtenido grandes provechos que le han servido de capital para especulaciones sobre terrenos auríferos en el Cabo de Buena Esperanza. Una vez se ha hecho rico, se ha lanzado á la política, y comparte las opiniones de sir Carlos Dilke: es radical y *home ruler* y le han elegido miembro de la Cámara de los Comunes en las últimas elecciones, y hasta se pensó un momento en hacerle formar parte del gabinete Gladstone. Últimamente ha ido á ver á los Beercele en Ostende, donde por ocho días de habitación en un elegante hôtel le han exigido 2,000 francos que ha pagado de mala gana. Se ha puesto calvo, lleva barba corrida casi blanca, y anda penosamente á consecuencia de su obesidad. Pasa por hombre muy *comme il faut*, y es presidente de la Asociación de moralidad pública de su condado.

FÉLIX DE BREUX.

A una golondrina

DE dónde vienes tú con sesgo vuelo,
alegre golondrina,
ahora que el sol el espacioso cielo
de fuego con raudales ilumina?
¿de dónde vienes ahora
que el monte y la colina
se ornan de nueva flor y nueva grama;
ahora que el torrente fragoroso
por el campo oloroso
sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
ya las alegres horas van danzando,
y de arrayán y flores mil coronas
sobre el campo paterno derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido
tu otero conocido,
y ese en que tu ala fugitiva rasa
es tu claro torrente,
y ese tu dulce nido
que, en el alar saliente,
vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! sigue revolando vagarosa,
y sobre el campanario de la aldea
un momento reposa.
Desde allí todo el campo se domina,
y las mieses que suave el viento orea,
y el lejano molino y la musgosa,
alta cruz del blanqueado cementerio
que en medio de los árboles se empina...
Tiende la vista desde allí gozosa
y contempla tu patria deliciosa.

Al primer trueno del oscuro invierno,
y las lluvias primeras,
volaste abandonando las praderas
y tu apacible hogar y nido tierno.
¿A dónde entonces fuiste

con ala infatigable,
dejando atrás el horizonte triste
cubierto de tiniebla,
en cuyo oscuro seno el sol de Mayo
mal alcanzaba á disipar la niebla,
donde á intervalos con horror lucía
de tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente
pasaste con las brisas sonoras,
y del Meta en la rápida corriente
remojaste las alas temblorosas;
tal vez desde la huta del salvaje,
ó desde la alta torre ya en ruina
de la antigua Misión viste la frente
doblar al sol detrás del horizonte,
cual mar sin playa de la gran sabana
de la risueña Arauca, ¡oh golondrina!
Es su tumba de azul, de oro y de grana
y al revolar de la áurea vespertina
trajo hasta tí la voz del gran desierto
quejas del bosque, son de ronco río,
y melodioso pío
de las aves del campo solitarias,
formando todo espléndido concierto
de júbilo solemne ó de plegarias.

¿Es venturoso, dime,
el indio entre su selva primitiva,
á quien la ley no oprime
y la cerviz altiva
tan sólo en el desierto
inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿O le siguen doquier las mismas penas
y del alma las mismas tempestades,
y el pobre corazón lo mismo gime
que en las grandes ciudades
en medio de las vastas soledades;
oprimido de bárbaras cadenas?—
¡Oh! que también en el desierto crecen
flores para adornar la sepultura;
también brillan al sol de sus sabanas
lágrimas de dolor y de amargura.

En mi primera edad, con la luz pura
del sol, en el umbral de humilde techo
la banda de ruidosas golondrinas
miraba, henchido de placer el pecho,
ir, y volver, y revolar contentas
de la pajiza choza
á la extensa llanura,
cual pasa pronta y viva
la luz de las tormentas,
rozando con el ala fugitiva,
ya sobre la arboleda majestuosa,
ya sobre el ancho, azul tranquilo lago,

ya sobre la era antigua que llenaba
la flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
dejaba yo que se muriera el día,
y de las salas lóbregas desiertas,
empujaba las puertas;
ó los duros cerrojos con trabajo,
de la antigua capilla descorría,
y á descansar entraba
de golondrinas banda innumerable;
yo, de un varal larguísimo auxiliado,
y de otros niños de mi edad seguido,
por techos y cornisas implacable,
sin respetar el inocente nido,
á la avecilla tímida acosaba,
que prisionera luego
á una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego
al clarear el alba interrumpía,
y á cortarles las alas temblorosas,
maligno niño, súbito corría
Hoy es, aún lo recuerdo... ¡los chirridos
de la avecilla dan en mis oídos,
y forcejando trémula la veo,
y aún siento entre mi mano
de sus alas el rápido aleteo!

Una, y fué la postrera,
infeliz prisionera,
con doloroso pío
enterneció mi alma,
y de repente dije:
¡Pobre! ¡vuelva á su campo! y al momento
abrí la débil palma,
y ella rasgó precipitada el viento.

¿A dónde huyó veloz el claro día
de inocencia, de paz y de contento
de la niñez afortunada mía?
¡Tú volviste, avecilla venturosa,
á tu nido, y los campos paternos,
sobre el ala de la aura sonora,
pasados los funestos vendavales,
cuando en el puro ambiente se difunde
de los floridos campos la fragancia;
mas á mi pobre corazón no vuelve
la suave paz de su dichosa infancia!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ (1).

(1) José Joaquín Ortiz nació en Tunja (Estado de Boyacá, Colombia, el 10 de Julio de 1814. Fundó y dirigió por cuatro años el «Instituto de Cristo», y ha sido profesor de varios establecimientos de educación. Como periodista se ha distinguido en la colaboración de varios periódicos; es, además, autor de varias compilaciones interesantes y de un hermoso tomo de *Poesías*.

Ha firmado algunas veces con el seudónimo de *José Nigreros*.



Camino del río Merced á las cascadas Vernal

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

GRACIAS á la inclinación del valle hacia Occidente y á su grande profundidad, nótase una excesiva diferencia de clima entre su región septentrional y la meridional. Ésta se halla constantemente cubierta de sombra durante el invierno, mientras que aquélla se ve bañada por los rayos solares en todos los días serenos; así es que en la una se disfruta de una deliciosa temperatura primaveral en tanto que en la otra se sufren los rigores de un crudo invierno. Entre los grandes peñascos del Norte encuéntrase muchos recodos alfombrados de flores que nacen y se conservan á su abrigo embalsamando en todos los meses del año la tibia atmósfera que las rodea. Vense asimismo en aquellos elevados jardines de invierno muchas mariposas que no emigran sino al aproximarse la tempestad, volviendo algunos días después de haber cesado por completo. Cerca de la cascada Yosemite inferior encontré en el mes de Enero á las hormigas leones en acecho, las rocas vestidas de helechos, el pie de lobo ó azufre vegetal y el laurel cubiertos de flores, y la madre-selva ostentando ya un nuevo follaje. Todas las plantas parecían despertar de su letargo cual si ya sintiesen la aproximación del estío. Aun en la parte umbrosa del valle no son muy intensas las heladas. La temperatura más baja que he observado durante cuatro inviernos fué de $+7^{\circ}$. Los primeros veinticuatro días de Enero fué, por término medio, á las 8 de la mañana de 32° (mínimum 22°) y á las 3 de la tarde $40^{\circ} 30'$ (mínimum 32°).

Durante el invierno la espuma de la cascada Yosemite superior hiélase al caer y forma al pie del despeñadero un cono truncado vacío, que á veces alcanza más de 500 pies de altura, y al cual se precipita estruendosamente el agua como al cráter de un volcán. Una gran parte de esta espuma cae sobre las peñas á entrambos lados de la cascada, cubriéndolas de un manto de hielo que por la noche tiene

más de un pie de espesor. Cuando le da el sol se raja y desprende rodando hasta la base del cono; pero cuando sopla impetuoso el viento y es fuerte la helada, todas esas masas diseminadas de hielo se unen formando un cuerpo compacto. La caída de estas masas suele ocurrir á intervalos de pocos minutos, causando un estrépito cuya repercusión por los ecos del torrente es en invierno uno de los ruidos más característicos del valle y el constante acompañamiento de los rayos solares. Mientras se va formando el cono presenta una superficie inmaculada que lo asemeja á un cerro de cristal festoneado de espuma que lo adorna de ricos cambiantes. En cambio, en la primavera, cuando empieza á henderse y derrumbarse, se le ve cubierto de hojas, ramas, piedras, arena, etc., arrojadas por el viento á la cascada y arrastradas por ésta al abismo, transformándose la preciosa colina de cristal en un montón de detritus.

Cuando el cráter ha engullido y revuelto las aguas en su tempestuoso seno, salen por el arco abierto en la base del cono, tan presurosas que parecen escapar con gozo de una prisión donde fueron rudamente azotadas salpicando con su espuma las rocas, la hierba y los matorrales de la orilla.

Deseando estudiar la estructura de aquella curiosa colina de hielo, probé de encaramarme á ella proveyéndome de una hacha para abrir en su resbaladiza superficie algunas pequeñas hendiduras donde sentar con seguridad la planta. Aún no había llegado á la base, cuando me ví envuelto en una nube de vapor acuoso arremolinado por el viento, tan densa y furiosa, que literalmente me cortó la respiración. No tuve más remedio que retroceder y dar un rodeo, acercándome por un camino en el cual era mucho menos sensible aquella ráfaga de viento huracanado. De este modo llegué hasta la cúspide, no sin



LA COMUNIÓN DE LAS MONJAS

CUADRO DE ENRIQUE MÉLIDA

pararme de cuando en cuando, para echar una ojeada á los alrededores al través de los torbellinos de húmeda neblina que me rodeaban, para escuchar el sublime fragor que retumbaba á mis pies haciendo resonar toda la colina como un tambor inmenso. Yo alimentaba la esperanza de que la cascada se despeñaría en un sentido bastante oblicuo para permitirme llegar hasta el borde del cráter y dirigir una mirada á sus entrañas; pero un sofocante remolino de aire y agua me desanimó por completo haciéndome desistir de mi propósito. Todo el cono vibraba á su impulso y yo temblaba, sin poderlo remediar, temiendo que se desplomase de un momento á otro. De pronto cruzaron el aire algunos fragmentos de hielo arrebataados por el torbellino, y como dió la casualidad que pasaron muy cerca de mí, apresuráme á tocar retirada aterido de frío y chorreándome el agua por todo el cuerpo, y corrí á secarme en una peña iluminada de lleno por los rayos solares.

El Velo nupcial, la Yosemite superior y la Tu-ce-u-la del Hetch Hetchy, el cañón más cercano por la parte Norte, á causa de su altura y de su situación, son constantemente azotadas por los vientos. Los que en verano suben de la llanura por el cañón del río no suelen ser impetuosos, á lo que contribuye lo que debilitan su fuerza las fragosidades que encuentran en el camino. En cambio, en invierno, los vientos del Norte dejan profunda huella de su paso, desparramando á derecha é izquierda la corriente de las cascadas, despedazando muchos árboles de las selvas y colgando nevadas banderas de una milla de longitud de los picos más altos de la cordillera. Una mañana me despertó el estruendo de los pinos próximos á mi cabaña, salí á averiguar la causa de ello y ví que el viento Norte había tomado posesión del valle con unos ruidos tan terribles que no fueran mayores los de un mar tempestuoso, y doblando los pinos más recios de la selva, cual pudiera hacerlo con los flexibles troncos de una alameda. El valle había sido recientemente visitado por una serie de tempestades de nieve, y el suelo, las peñas y toda la región circunvecina se habían visto pródigamente enriquecidas con las joyas más preciosas del invierno. Las rocas, los árboles, las praderas, todo en fin, estaba cubierto de flores y la atmósfera saturada de aromas, porque el aire esparcía por todos lados el oloroso polen de las plantas.

El viento aumentó durante el día. La nieve estaba cubierta de ramas, bellotas y piñas, y las cascadas, sin exceptuar las más caudalosas, veían sus aguas esparcidas y arrebatadas por los aires cual si fuesen un ligero velo de niebla. Por la mañana, la grande columna de la Yosemite superior, cuyo volumen había aumentado con la última nevada, fué embestida por una tremenda ráfaga de viento que interrumpió su curso llegando á pararla al borde mismo del despeñadero cual si á todo trance quisiese impedirle la entrada en el valle. Fué obra de diez ó quince minutos, pasados los cuales hubo un período de relativa calma y la corriente prosiguió su majestuosa marcha. En medio de aquellas violentas sacudidas, de aquellas forzadas inflexiones y aquellos confusos torbellinos veíanse iluminadas las aguas por los tranquilos rayos de la luna, que se quebraban y serpenteaban entre las delicadas agujas esculpidas por la nieve en las crestas de los peñascos. La cascada inferior, aunque menos expuesta á las injurias del viento, fué reciamente azotada y despedazada en su angosto cañón. A ratos aparecía como una refulgente masa de arboles surgida del fondo del abismo como si se hubiesen juntado un centenar de arcosiris de cuatrocientos á quinientos pies de diámetro.

Por la tarde, mientras contemplaba la cascada superior desde un próximo pinar, presencié un fenómeno por todo extremo curioso. El agua se detuvo repentinamente en su descenso á la mitad del camino, sin ladearse á derecha ni á izquierda y quedando suspensa en el aire como si de improviso hubiese cesado de obrar la fuerza de gravitación. Aquella masa líquida tan descomunal que pesaba centenares de toneladas, permaneció un rato quieta, inmovilizada; dándome tiempo para contar hasta 190, cual si fuera un liviano puñado de algodón. Entretanto la corriente iba formando un cono irregular de 700 pies de altura que parecía descansar en el vigoroso é invisible brazo del viento. De pronto, como obedeciendo á una voz de mando, abrióse por todos lados y el agua contenida en su interior se abrió paso por cien distintos canales bajando por el torrente con tumultuosa furia.

La cima del Capitán estaba ornada de largas flámulas de nieve, el Cloud's Rest envuelto en un velo formado de una multitud de flecos ó hilos volantes caprichosamente unidos á modo de telaraña, y la Media Naranja divisábase en lontananza circundada de un nimbo deslumbrador como un ser sobrenatural cubierto de una gasa tejida por el viento. El choque de las corrientes en las alturas hacía aparecer á ratos en su cumbre un vaporoso penacho que la asemejaba á un volcán.

En verdad es un espectáculo arrobador el de esas rocas y esas aguas azotadas por la tempestad ú ostentando sus galas en los días de calma; pero es mucho más embelesador todavía el que cuando reina un tiempo apacible ofrecen las hondonadas, los desfiladeros y los cañones repitiendo por doquier el armonioso himno de las aguas.

Durante los varios inviernos que pasé en el valle sólo una vez he visto á la Yosemite despeñando toda su caudalosa corriente. En 1871 se inauguró el invierno con un tiempo delicioso: los días eran claros y serenos, las noches constantemente iluminadas por la luna que mostraba los helechos y las hierbas cubiertas de una capa cristalina, primorosa labor de la escarcha. La tarde del 16 de Diciembre, mientras estaba dando un paseo por las praderas, divisé una inmensa y aislada nube carmesí que iba formándose sobre las rocas de la Catedral, tan notable por su forma como por la riqueza y esplendor de sus visos. Su base era semejante á la de un añoso sequoia, y continuando más arriba la imagen de este gigantesco vegetal, seguía luego un tronco liso y una copa doblada á la manera de los hongos; todo de un transparente color carmesí. Impulsado por el afán de inquirir lo que podía augurar aquella nube tan especial y solitaria, subí dos veces á las alturas muy de mañana escrutando el horizonte por los cuatro puntos cardinales y no advertí novedad alguna. A la tarde aparecieron, y desarrolláronse rápidamente unas nubes grises, rizadas y compactas como la madera del acebuche, y al cerrar la noche cayó una copiosa lluvia presto convertida en nevada. Al rayar el alba cubría los prados una capa de nieve de diez pulgadas de espesor y aún continuaba cayendo sin tregua en espesos copos.

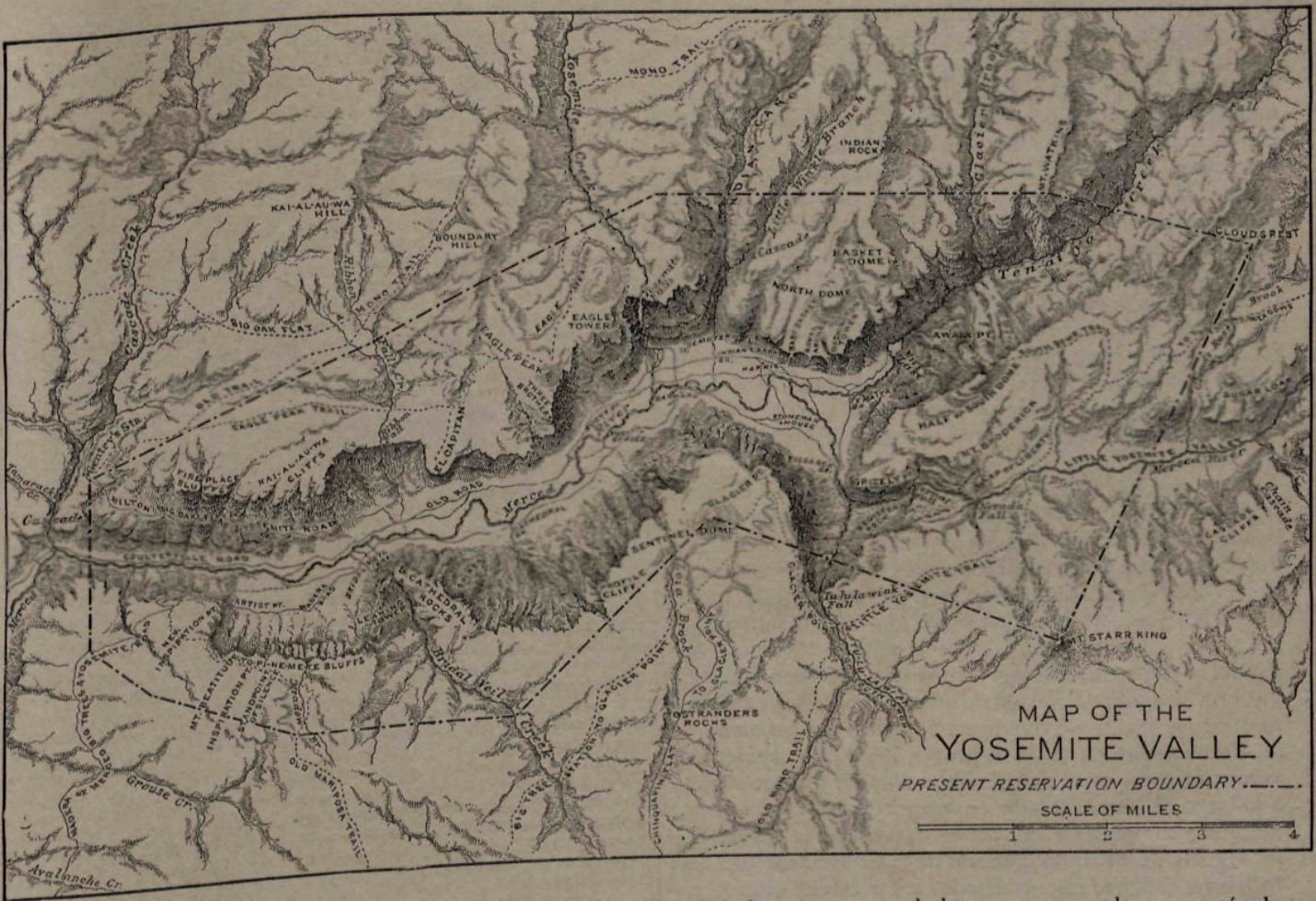
Durante la noche del 18 cayó sobre la nieve una lluvia torrencial; con todo, la temperatura era de 34°, la nieve no llegaba sino hasta algunos centenares de pies sobre el fondo del valle, y para llegar á esa región, evitando los furiosos torrentes de las montañas, no tenía que andar un gran trecho. Estos, por otra parte, en vez de engrosar con la tempestad, habían menguado notablemente, porque la nieve había absorbido mucha agua y cegado los

pequeños tributarios. Hacia la media noche subió de improviso la temperatura á 42°, retrocediendo la nieve á una gran distancia del valle, hasta la cresta de la cordillera, y al rayar el alba descendía estruendosamente la Yosemite arrastrando un extraordinario caudal de agua. La tibia y copiosa lluvia caída durante la noche y el viento templado que al mismo tiempo soplabá produjeron un rápido deshielo, y la nieve al derretirse fué arrastrada y precipitada por las laderas de los montes, amontonándose y atropellándose las olas hasta que se despeñaban al fondo del valle como un alud de estupendas proporciones.

Despertado por aquel inmenso fragor, salí de mi cabaña echando de ver desde luego el extraordinario carácter de la tempestad que ante mis ojos se desencadenaba. La

lluvia seguía cayendo á torrentes y el viento rugía con la fiereza y el ímpetu de un verdadero huracán. La región del Norte estaba cubierta de una red de cascadas circunstancialmente nacidas de aquel diluvio.

Ansioso por contemplar de cerca tan imponente espectáculo, cogí un pedazo de pan para desayunarme y alejéme de mi cabaña á la carrera. Las aguas parecían triscar de júbilo al verse libres de su prisión de hielo. Las dos cascadas del Centinela emulaban con las más grandiosas, y desde los Tres Hermanos divisé tantas en todas direcciones que no me fué dable contarlas. El valle se estremeceba y retemblaba al fragor de aquellos innumerables saltos de agua, semejante al espantable rugido de la mar embravecida.



Al principio miré en torno sin saber qué partido tomar, porque en medio de tanto estruendo estaba literalmente desorientado. Por último resolví subir á las praderas superiores, en donde el valle es más espacioso, considerando que desde allí gozaría de más holgadas perspectivas. Pero las praderas estaban inundadas formando como un lago salpicado de islas azules, y cortábame el paso un sinnúmero de corrientes que se precipitaban tumultuosamente batiendo furiosas las peñas y los troncos de los árboles en los mismos parajes donde poco antes embalsamaban el ambiente una multitud de lirios recién nacidos.

Encaramándome á una ladera en la cual las corrientes rompían contra un gran montón de guijarros, logré cruzar los arroyos y dirigíme por la parte superior del valle á Hutching's Bridge, en donde atravesé el río, encontrándome en medio de la pradera superior. Desde allí se des-

cubría la mayor parte de las nuevas cascadas, espectáculo que, en su género, seguramente no ha tenido rival en el mundo. En esta parte de la región meridional, entre Hutching's y el Centinela, había diez cascadas despeñándose fragorosas desde la altura de 3,000 pies y la más pequeña de las cuales podía oírse á varias millas de distancia. En las cercanías de Glacier Point había seis; entre los Tres Hermanos y la Yosemite, nueve; entre la Yosemite y las cascadas del Arco Real, diez; de la columna de Washington al monte Watkins, diez; en las faldas de la Media Naranja, en frente del lago del Espejo, ocho; en la espalda de la Media Naranja, frente al valle, tres; 56 nuevas cascadas saltaban en el extremo superior de éste, y una ininidad de arroyos brillaba por todos lados cubriendo la tierra como una red de plata.

Era un despilfarro de estrépito y de poesía que me sugirió la idea de haberse juntado todas las aguas del

valle para celebrar con tan ostentosa manifestación algún grande acontecimiento.

Cuantos han visitado el valle durante el verano recordarán las belemnitas ó piedras del rayo de la cascada Yosemite y los lazos del Velo nupcial y la Nevada. En las que improvisan las tempestades de invierno abundan más estos últimos, pero tampoco faltan en ellas las belemnitas. La parte inferior de una de las cascadas del Centinela se componía de dos blancas masas, parecidas á dos fustes de columna, unidas por una gasa primorosamente bordada de perlas y al través de la cual apenas podía verse la roca purpúrea cenicienta del fondo. Las cascadas situadas más arriba del Glacier Point son de estructura más complicada todavía, pues presentan todas las formas imaginables en su curso, en sus choques y en su caída. Las del lado Norte, entre la columna de Washington y el Arco Real están de tal modo situadas que parecen formar una sola loma de agua y no las separa sino una corta distancia de las del Cañón Indio. El grupo cercano á los Tres Hermanos y el Capitán, por efecto de la topografía y de las hendiduras de las rocas por donde resbalan, son ya más irregulares. Las del Tissiack son comparativamente pequeñas, pero tienen suficiente poder para dotar de una voz atronadora á aquel augusto peñasco. En medio de tal estrépito apenas podía oírse la de la cascada Yosemite hasta las tres de la tarde, á cuya hora se oyó un súbito estruendo semejante al de un alud desprendido de la cumbre del monte. Era la corriente de la Yosemite, retardada en su camino por los hielos, y cuyo caudal, decuplicado á la sazón, le adjudicaba la jefatura de aquel imponente coro. No había en ninguna parte una gota de agua inerte ó silenciosa: toda tomaba parte en aquel himno sublime con sus cantos ó con sus rugidos.

También los vientos cantaban jugueteando en el follaje de los árboles, embistiendo las enhiestas cumbres, silbando entre las peñascosas almenas de la cordillera, desviados á trechos de su camino y fraccionados en mil despeñadas corrientes que rodaban en torbellino al fondo del valle. Desde allí erguíanse de nuevo subiendo hasta las nubes, en cuyo seno abrían inmensas cavernas, rasgándolas y dispersando por el espacio sus deshilachados girones. Esta obra devastadora era una guía excelente para mostrarnos el camino que hacía el viento por los aires.

Como por impulso de su propia iniciativa, aparecía á veces una nube cerniéndose sobre el valle, y luego erraba á lo largo de las praderas y en torno de los cerros y los pinares y complaciase en poner de relieve la belleza de los árboles iluminando el fondo de la perspectiva con sus brillantes reflejos, mientras todos los vegetales ondulaban en cadenciosa armonía. A veces, mientras se condensaban y adelgazaban estas nubecillas convirtiéndose en vaporosas gasas, la mitad del valle quedaba súbitamente velada viéndose acá y acullá alguna eminencia lóbrega, espectral, que se confundía con las nubes.

Durante las cuarenta y ocho horas que duró aquella terrible tempestad no ví que tuviese espectadores: ni un ser humano, ni un pájaro, ni un oso, ni una ardilla. Los turistas habían emigrado hacia meses y los que trabajaban en el valle estaban cuidadosamente encerrados en sus viviendas, contentándose con el panorama que descubrían desde la ventana. Los osos debían de estar escondidos en sus cavernas, las ardillas en sus guaridas, los gallos monteses en los abetos y los pajarillos en el chaparral. Lo que más me extrañó fué no encontrar ninguna palmípeda de la familia de los bañadores que tanto se goza en las tempestades.

La fantasía humana es incapaz de concebir un cuadro más sublime que aquel alarde ostentoso de la Naturaleza al cual contribuían de consuno las nubes, los vientos, las rocas y las aguas. Las escenas eran tantas como las localidades, variando de carácter en cada una de ellas; pero en todas cantaban los vientos y las aguas, en todas improvisaban las nubes preciosas vistas. En Hetch Hetchy, en las márgenes del río King y en todos los demás valles y cañones de la sierra, desde Shasta á las fuentes más meridionales del Kern, veíanse por todos lados los saltos de agua en una extensión de quinientas millas. ¡Qué himno aquél!

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Enrique Mérida

Nació este distinguido artista el 6 de Abril de 1838 en Madrid, siendo sus padres don Nicolás Mérida y doña Leonor Alinari. El primero ocupó importantes puestos en la política, figurando como diputado á Cortes y alcanzando el puesto de ministro del Tribunal de Cuentas. Dedicó á su hijo Enrique á la carrera de Leyes, quien á los veintidós años se graduó de licenciado. Pero ya la vocación de Enrique Mérida no era la de abogado, sino la de las artes. Desde niño dibujaba por afición, en vista de lo cual su padre le encomendó á la enseñanza del pintor don José Méndez (muerto hace poco), artista que seguía la tradición del clasicismo alemán de Owerbeck. De mucho le sirvieron sin duda las enseñanzas de Méndez, pero su devoción instintiva á nuestros grandes maestros, Velázquez, Rivera, Zurbarán, etc., que representan la tradición naturalista genuinamente española, le llevaron poco después por otro rumbo. Hasta el año 68 sólo pintó como aficionado en los ratos que le dejaba libre el empleo que, como letrado, obtuvo en el Tribunal de Cuentas, si bien ya se había presentado y ganado premio en la Exposición Franco-Española de Bayona de 1864. Cultivó también la crítica de artes en la revista *El Arte en España*, de que fué uno de los fundadores. Desde el año 1866 concurrió á las Exposiciones nacionales de Bellas Artes.

Atribulado por una enfermedad que padeció en 1869, dióse en la convalecencia á buscar distracción en el arte, y primero en Aragón y más tarde en Andalucía pintó varios cuadros de género, é hizo numerosos estudios que le animaron á proseguir con todo empeño la carrera de la pintura, á lo cual le decidió al cabo el éxito obtenido en la Exposición de 1871 con los cuadros *Picador herido* y *Despacho parroquial*, y en una de las Exposiciones de París con el de *Un bautizo en la sacristía de San Luis*, que fué adquirido por el gobierno francés, y por esto se halla en el Museo del Luxemburgo. Por entonces pintó *La antesala del príncipe de la Paz*, que le fué premiada en Viena en 1873, *La lección de toro* y otros de asuntos tan intencionados como característicos de la época llamada de Goya. La más notable de sus obras de este género fué el cuadro titulado *Se agotó la fiesta*, que representa unas alegres parejas cuya merienda viene á sorprender la presencia de un toro. Este cuadro, que tan reproducido se ve, lo presentó en la Exposición de 1876, donde fué premiado con medalla de segunda clase, y, adquirido por el Gobierno, figura en el Museo Nacional.

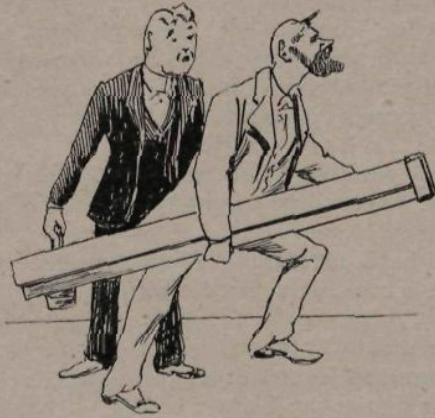
Después hizo retratos, algunos tan importantes como los de las marquesas de Perijaa y Puerto Seguro, y el de la condesa de la Corzana, y algunos dibujos para ilustrar los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós.

Su casamiento con la hermana del ilustre pintor francés M. Leon Bonnat, le llevó á establecerse en París en 1882, desde cuya época pintó cuadros de otro género, que revelan visiblemente sus adelantos. En París pintó el titulado *Herrar ó quitar el banco*, que expuso en Madrid en 1887; ejecutó figuras de majas, que expuso en el Salón anual con brillante éxito. Hizo cuadros de composición tan originales como la *Procesión de penitentes en España en el siglo XVII*, que presentó en el Salón de 1889, y fué adquirido para el Museo de Sidney; la *Comunión de las monjas*, que expuso en el Salón del 91, y acaba de figurar en la Exposición de Madrid, obra notable llena de verdad y de simpático realismo, que reproduce nuestro grabado, y *La niña perdida*, su última obra y quizá la mejor por la soltura que se advierte en el toque, la propiedad y buena disposición del asunto, que es completamente parisiense. Así que hubo acabado este cuadro y le envió al Salón, en Abril del año último, cayó enfermo de pulmonía, que en pocos días lo arrebató al arte cuando estaba en la plenitud de sus facultades y al cariño entrañable que por sus bellas prendas le profesaban su familia y sus amigos.

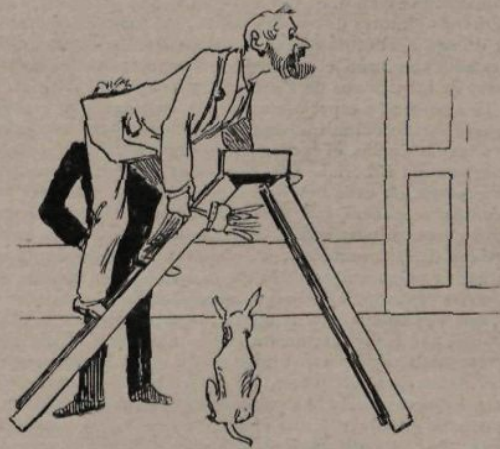
Falleció el 28 de Abril, y el día 2 de Mayo fué sepultado en el cementerio de *St. Etienne*, de Bayona, donde descansan los restos de este reputado artista, uno de los que han figurado merecidamente en primera línea en la brillante pléyade de pintores españoles de nuestros días.

¡Por una mancha!

POR JOSÉ PANDO



1.— Vamos allá.



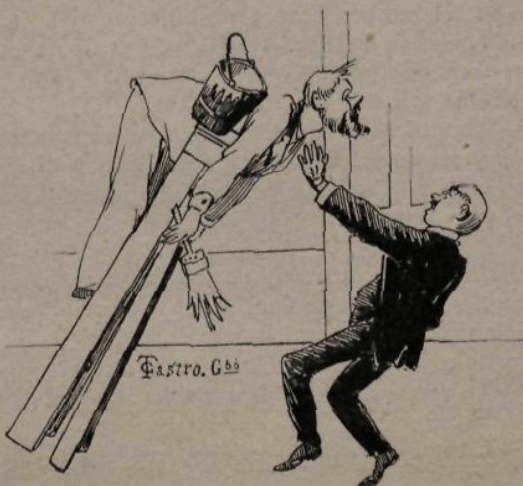
2.— ¿Así estará bien la escalera?



3.— ¡No, pues no estaba bien!



4.— Así es mejor.



5.— ¡.....!

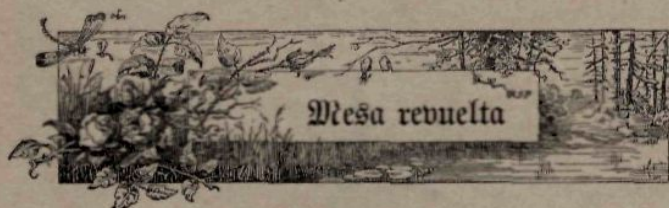


6.— ¡.....!

La comunión de las monjas

CUADRO DE ENRIQUE MÉLIDA

Esta obra, la última de importancia que ejecutó su malogrado autor, muestra bien la índole de su talento. Mérida, á pesar de haberse establecido en París y de hallarse en continuo trato con pintores franceses, se mantiene genuinamente español. Se ve en el cuadro que publicamos la tradición de los grandes pintores de nuestra patria, sin imitaciones rebuscadas, sin alarde de seguir el estilo de tal ó cual artista. *La comunión de las monjas* está tratado, con todo el carácter moderno, como lo hubieran hecho los artistas de los tiempos de Felipe III y Felipe IV. Hay en toda la escena, en la agrupación especialmente, una sencillez que embelesa; es el acto religioso sacado del mismo convento en que pasó, conforme lo hubiera hecho Claudio Coello, el autor famoso del cuadro de *La Sagrada Forma* en la sacristía del Escorial. Esta verdad se advierte en todos los rostros de las madres, en cada uno de los cuales la expresión del fervor místico aparece de una manera tan admirable como variada. Adviértese cómo preparan su espíritu para recibir al Señor de cielo y tierra las dos monjas más jóvenes de la comunidad, una de ellas con vivo arrobamiento, la otra con ánimo reconcentrado. Fijese la atención en las caras de las ancianas, sobre todo en aquella que semeja ser la de más edad y la cual se siente como anonadada ante la merced inefable que va á recibir de Dios por medio del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Cada una de aquellas cabezas acusa la mano de un pintor muy diestro, de un pintor que además de saber copiar por fiel manera los rasgos humanos, pone en sus obras aquellos que dimanan del alma y que dan el cuadro que publicamos en este número una grandeza y una elevación que no se escaparán á nuestros lectores. Por él creemos que formarán altísimo concepto del mérito de su autor Enrique Mérida, á quien LA VELADA ha querido honrar publicando su retrato y su última producción, con la que alcanzó laureos póstumos en la Exposición nacional de Bellas Artes últimamente celebrada en la Corte de España.



La marmota, mamífero que pertenece al orden de los roedores y que Linneo confundía con los ratones, es hoy el tipo de la familia de las artómidas. Las marmotas son del tamaño de pequeños conejos; tienen 22 dientes, la cabeza grande, el cuerpo recogido y los miembros extraordinariamente cortos. Sus uñas fuertes y cortantes, las formas pesadas, la cola regular y las orejas muy pequeñas. Cada año paren tres ó cuatro pequeñuelos. Se cree que son omnívoras. Durante el invierno permanecen aletargadas; penetran anticipadamente en el interior de sus madrigueras bien provistas de heno y tapan el agujero de las mismas con tierra, y así se pasan encerradas el invierno. Cuando entran en el escondrijo están muy gordas y flaquísimas cuando despiertan del letargo.

El tipo del género es la marmota de los Alpes, común en Suiza, Saboya y los Pirineos. Mide de 30 á 40 centímetros de longitud, su pelo es gris amarillento y ceniciento hacia la cabeza. Este animal es tímido y humilde; en estado salvaje vive en sociedad, y cautivo se domestica fácilmente: los montañeses de los Alpes la emplean como alimento y utilizan su piel para guarnecer los guantes y las gorras. Además es cosa sabida que la marmota ha sido y es aún el sostén de algunos saboyanos pobres que la enseñan como curiosidad. Las marmotas de América se presentan más adornadas con pelo de un color gris más bonito que en las de Europa. Se tiñe el pelo de ambas de colores oscuros y de negro. Preparadas las pieles de las marmotas al agua fuerte, sirven para confeccionar ribetes ó cuellos en los abrigos. Las marmotas de Kamtchatka son muy notables por lo abigarrado de su piel.

Verificando Cromwell su entrada triunfal en Londres,

le hicieron notar la gran afluencia de gentes que de todas partes acudían para verle.

—La misma afluencia habría si me llevaran al patíbulo.

El cardenal de Retz dijo un día á Gil Ménage:

—Dadme cuatro reglas para conocer el mérito de las poesías, á fin de que pueda decir algo acertado sobre los versos que me dirigen.

—Señor, contestó Ménage, cosa larga sería el enseñaros á calificar el mérito de los versos; pero cuando os lean ó dirijan algunos, decid siempre que no valen nada: de cien veces, lo acertaréis las noventa y nueve.

Si hay para seis habrá para siete, decía un parásito ó gorrilla, sorprendido en una reunión de familia que iba á sentarse á la mesa.

—Si habla usted de la luz del quinqué, le contestó el amo de la casa, tiene usted razón.

Preguntado Pope por cuáles medios se había hecho tantos amigos, contestó: Haciendo aplicación de los dos axiomas siguientes: *Todo es posible. — Todo el mundo tiene razón.*

Detúvose un campesino delante la sala de espectáculos de Rochefort y, dirigiéndose al expendedor de billetes, le dijo: «No he visto en mi vida la comedia y tengo ganas de saber qué es eso. Quiero pagar bien, pero también exijo que se me dé el mejor sitio.» Hallábase en aquel momento uno de los actores en el despacho, y prometiendo complacerle, le acompañó al teatro y le hizo sentar en una butaca. Aquel día se representaba *Gastón y Bayardo*. La presencia de aquel hombre con un traje especial distraía á los espectadores. El campesino abría sus ojos para no perder los movimientos de los actores. Al llegar á una escena del quinto acto, en la que Altamoro quiere matar á Bayardo, al ver el campesino que el actor avanzaba con la lanza en la mano, se echa sobre él, le desarma, le coge por el cuello y le derriba diciéndole: «Hace ya demasiado tiempo que martirizas á ese buen hombre con tus traiciones, pero yo te aseguro que serán las últimas.» Costó muchísimo librar al pobre actor de la inesperada agresión del campesino.

En el tribunal del departamento del Yonne había de verse una causa algo escandalosa; y, como la vista era pública, acudieron todas las mujeres de la ciudad.

—Señores, dijo el presidente antes de comenzar los debates, el público ignora probablemente la índole de la causa que se va á fallar. Invito, por tanto, á las señoras honestas y pudorosas á que se retiren.

Ni una sola se movió de su sitio.

—Ahora que se han retirado las señoras honestas, añadió el juez, haciéndose el desentendido y dirigiéndose á uno de los ministriles ó porteros, haga usted que despejen la sala las demás.

Hallábase *in extremis* el célebre matemático francés Bossut, rodeado de su familia, cuyos individuos todos le dirigían palabras consoladoras; pero él no daba señal alguna de conocimiento. Entró Maupertuis, y dijo:

—Ya veréis como le hago hablar: ¿Cuál es el cuadro de doce?

—Ciento cuarenta y cuatro, respondió incontinenti Bossut.

Estas fueron sus últimas palabras.

En la parroquia de... (Luisiana) estaba el tribunal ocupado en la vista de una causa cuyo abogado no corría con el juez en mucha armonía que digamos. Reasumió el juez los hechos de la causa, cuando rebuznó descompasadamente un burro en el vecindario.

—¿Qué es eso? preguntó el juez con enojo.

—Nada, señor, contestó el abogado, el eco de la voz de V. S.

Callóse el juez, bien que hubiera podido mandar á la cárcel al insolente. Pero la casualidad vino en su ayuda. Cuando el abogado rebatía con gran calor ciertas observaciones del juez, volvió el maldito burro á rebuznar con tanta gana, que no se oía la voz del abogado.

El grave juez dijo al punto:

—Calle uno de ustedes, si quieren ser oídos, porque hablando los dos á un tiempo es imposible.

Construían en un lugar un pílón para abrevadero del ganado, y no sabiendo en qué altura dejarlo para que estuviese proporcionado, el alcalde se puso inclinado como pudiera una bestia, y dijo:

—Hágase la altura hasta aquí; que cuando yo alcanzo, cualquier borrico alcanzará.

Para componer un buen betún para el calzado, tómese 500 gramos de melaza y tritúrese con 500 gramos negro de marfil. Háganse disolver separadamente 30 gramos de sulfato de hierro con 250 de agua y échese dicha solución en la pasta: mézclese bien y añádase poco á poco removiéndolo 100 gramos de ácido sulfúrico; la masa entonces aumenta de volumen. Disuélvanse en seguida 30 gramos de agalla de tinta en 250 de agua, y añádase la solución á la masa, revolviéndola luego y añadiendo pocos gramos de agua con alguna cantidad de goma.

Para limpiar los guantes de piel, colóquense sobre una hoja de papel blanco y extiéndanse cuanto sea posible; puestos así, fróteselos con un retazo de ropa de lana, empapada de bencina ó de esencia mineral. Séquense luego por medio de un paño.

El modo de lisonjear con seguridad y finura á una mujer es decirle mal de sus rivales.—ESTANISLAO.

El mejor consejo es el de la experiencia, pero siempre lo recibimos demasiado tarde.—ANCELOT.

En la mayor parte de los hombres, el amor de la justicia no es más que el miedo de sufrir la injusticia.—LA ROCHEFOUCAULD.

La fortuna, no sólo es ciega, sino que ofusca y ciega también á sus favorecidos.—CICERÓN.

A la larga se acaba por creer en los elogios que uno compra, ó que se hace á sí mismo.—SÉNECA.

Los enemigos siempre son útiles, en cuanto te dirán algunas faltas y muchas verdades que te callarán los amigos.—PLUTARCO.

Los placeres son como los alimentos, los más sencillos son los que menos fastidian.—SANIAL DUBAY.



Solución al logogrifo anterior:

MARCOS

Solución al cuadrado:

V A C A
A M A R
C A R A
A R A R

Solución al rompe cabezas:

CARDERS	CALL
BORIA	DOU
PINO	

LOGOGRIFO

Lector, no juegues conmigo si eres tuerto, sobre todo; pues tal vez quedés de modo que no veas á tu amigo. Soy hoja de buen color, y en las plantas suelo hallar honorífico lugar casi formando la flor. Tengo nombre literario; estoy en lo alto de un buque, y desde el mendigo al duque ríndenme el culto más vario. Doy luz; cubro pavimentos; corro, soy tonto, pesado; el hortera me ha arrugado no sin hacer aspavientos. Con mis letras, esto y más puede formar el lector, y de Bayardo el valor extingui, siglos atrás. Si averiguas con certeza lo que signífico, amigo, podré, lector, ser testigo de que es buena tu cabeza.

SANTOS MINA, del Perú.

ANAGRAMA MUSICAL



Combinar el nombre de estas notas de modo que resulte: 1.º el de un gran pintor; 2.º, el de un emperador romano (a. de J. C.); 3.º, el de un estudio, y 4.º, el de un verbo en primera persona muy usado en el comercio.

J. ORTEA.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón.
1 8 2 9 3 5 6 4	Diminutivo de nombre.
5 8 2 2 8 4 8	Población catalana.
8 2 7 6 9 3	"
1 8 2 2 6	Vehículo.
9 6 7 6	Cuadrúpedo.
7 6 8	Reptil.
3 2	Verbo irregular.
5	Consonante.

LUIS RIBÉ, de Reus.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

CÉSAR Y MINCA

EL ESTABLECIMIENTO MÁS IMPORTANTE DE EUROPA PARA LA EDUCACIÓN DE LOS PERROS DE CAZA

Medallas de oro y plata de Gobiernos y Sociedades

ZAHNA (REINO DE PRUSIA)

ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1868

Procededores de S. M. el Emperador de Alemania, de S. M. el Emperador y de S. A. R. el Gran Duque Pablo de Rusia, de S. M. el Sultán de Turquía, de S. M. el Emperador de Marruecos, de S. M. el Rey de los Países-Bajos, de S. M. la Reina de Italia y de S. M. la Reina de los Países-Bajos, de S. A. R. el Príncipe Carlos de Prusia, de S. A. R. la Princesa Albrecht de Prusia, de muchos Príncipes Imperiales y Reales, de Princesas reinantes, etc., etc.

Especialidad en perros de lujo y perros de guarda, desde los más grandes perros de raza de Olm y perros montañeses, hasta los más pequeños perros de Salón, así como perros de parada, perros de caza, Bassets, Pachones y Lebreles, perfectamente amaestrados, cachorros y perros no amaestrados con las mayores garantías. Precios corrientes, ilustrados, en francés y en alemán, franco de portes. Quinta edición en alemán y en francés de la obra titulada «Cria, cuidados, modo de adiestrar las nobles razas caninas y tratamiento de sus enfermedades», con 50 dibujos de perros de raza, casi todos recompensados con primeros premios. Marcos 10.—Francos 12,50.—Rublos 5.—Florines 6.



Exposición permanente de muchos centenares de perros en venta (Estación de Wittemberg)

«Wittemberg Tageblatt» (Gaceta de Wittemberg) del 14 de Octubre 1892.

«El parque de perros y volateria de nuestra ciudad ha tenido ayer un día de gloria. S. M. la Reina de Italia ha mandado hacer á Mr. Otto Friedrich, propietario del parque, un encargo de perros que ha sido ya expedido directamente

á la dirección de la Reina, Villa Beata de Monza. Casi al mismo tiempo llegó un autógrafo del príncipe Abdul Medjed del Palacio Ferieh, de Constantinopla, por el cual el Príncipe avisa la llegada de un gran envío de palomas, expresando su satisfacción y encarga de nuevo, como lo hizo 4 años atrás, un número bastante importante de perros. Acaba de salir de Zahna una gran partida de gallinas para Valdirisi (Chile), una pareja magnífica de grandes lebreles ingleses para el Príncipe Ibrahim Pacha Achmet de Alejandría (Egipto), y un perro de raza de Olm y un perro de caza á su Excelencia Saib Bey de Bebeck, sobre el Bósforo.»

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. O. Krauch

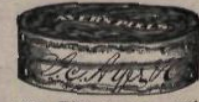
Está importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.



El aperitivo de más confianza son seguramente las PILDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave é igualmente tan eficaz. La favorita son las

Pildoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Pildora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia



Segura, Eficaz y Agradable.

Quando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de bilis, tomese las Pildoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

VIDA DE SAN JOSÉ

POR EL P. CHAMPEAU

Edición magníficamente ilustrada. Consta de 30 cuadernos á peseta cada uno.

LA TIERRA SANTA

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.